

dote ascético. El sacerdote ascético debe ser el salvador predestinado, el pastor y defensor del rebaño enfermo; tal es su prodigiosa misión histórica. *La dominación sobre los enfermos*: he aquí su papel, su arte, su maestría, su felicidad. Es preciso que él también sea enfermo, para poderse entender con los enfermos; pero es preciso también que sea fuerte, á lo menos en la voluntad, á fin de poseer la confianza de los enfermos y ser para ellos un sostén, un escudo, un maestro, un tirano, un dios. Tiene que defender á su rebaño, ¿contra quién? Contra los sanos, seguramente, mas también contra la envidia que inspiran los sanos. Debe ser el enemigo natural de toda salud y de todo poder, de todo lo que es rudo, salvaje, desenfrenado, violento. El sacerdote es la primera forma del animal ultracivilizado y delicado. A los animales de rapiña hará él una guerra de astucias más que de violencias; y para este fin, á veces le convendrá fingirse también como animal de rapiña en el cual se verán confundidas, en unidad terrible y seductora, la crueldad del oso blanco, la fría paciencia del tigre y sobre todo la astucia del zorro. Y si la necesidad le obliga, avanzará gravemente, á manera de un oso, respetable, frío, circunspecto, engañador, heraldo de potencias misteriosas, en medio de otras especies de fieras de rapiña, resuelto á sembrar en este terreno el dolor, la división, la contradicción, para apoderarse luego de los nuevos súbditos. Lleva consigo el bálsamo y el remedio; pero necesita herir antes que curar, y aun al calmar el dolor de la herida, emponzoña la llaga. Sabe muy bien este oficio; todo á su alrededor se pone enfermo y se domestica. Por lo demás, no defienden mal su rebaño de enfermos; le defienden contra la depravación, la malicia y la rebeldía que estalla en el rebaño; contra

todas las afecciones é infecciones hospitalarias; contra la anarquía y los gérmenes de disolución que amenazan al rebaño, en el cual se deposita sin cesar esta peligrosa materia explosiva: el *resentimiento*. El ingenio y la utilidad del pastor se muestran en eliminar esta dinamita sin que haga explosión. En una palabra: el sacerdote es un hombre que *cambia la dirección del resentimiento*.

En efecto; todo el que sufre, busca instintivamente la causa de su dolor; y busca una causa animada, una causa *responsable*, susceptible de sufrir, un ser vivo contra el cual pueda, siquiera *en esfigie*, descargar su pasión. Esta venganza es el supremo alivio, el narcótico de todos los que sufren. A mi ver, la verdadera causa fisiológica del rencor y de la venganza es el deseo de *aturdirse contra el dolor por medio de la pasión*. Generalmente, se busca esta causa en la reacción de la defensa, en un movimiento reflejo perfeccionado, como el que haría una rana sin cabeza para salir de un ácido cáustico. Pero hay aquí una diferencia esencial: no es lo mismo querer impedir un daño, que querer *aturdir* un daño punzante, secreto, intolerable. Para desechar de la conciencia el dolor, siquiera sea momentáneamente, es necesaria una pasión, una pasión de las más salvajes, y un pretexto para excitarla. «Alguien debe ser la causa de mi malestar.» Esta manera de discurrir es propia de todos los enfermos, y, tanto más, cuanto más oculta sea para ellos la verdadera causa de su mal (será, quizá, una lesión del nervio simpático, un exceso de bilis, una sangre escasa de sulfatos ó de fosfatos, una hinchazón del bajo vientre que detiene la circulación de la sangre, la degeneración de los ovarios, etc.). Los enfermos tienen gran ingenio para descubrir las causas ó pretextos de su



dolor; se gozan en sus sospechas; se devanan los sesos acerca de injurias de que creen haber sido víctimas; examinan las entrañas de su pasado y de su presente, para hallar sombras y misterios que les permita embriagarse de dolorosas desconfianzas y de su propia malicia; abren sus antiguas heridas, pierden sangre por sus cicatrices, hacen sufrir á sus amigos, á su mujer, á sus hijos, á todos sus prójimos. «Yo sufro; alguien tiene la culpa.» Así discurren todas las ovejas enfermas. Y entonces el pastor les responde: «Es verdad, oveja mía, alguien tiene la culpa; pero eres tú misma; *tus pecados son la causa de tu mal...*» Esto es muy atrevido, muy falso. Pero se obtiene un objeto: *cambiar la dirección del resentimiento.*

16. Se comprende ya cuál es la *natura medicatrix* del sacerdote ascético y de los conceptos paradójicos y paralójicos «falta», «pecado», «perdición», «condenación»; tratábase de hacer *inofensivos* á los enfermos, exterminando los incurables, dando á los menos enfermos una severa dirección hacia su persona, haciendo retroceder su resentimiento («una sola cosa es necesaria»), haciendo servir los malos instintos de los enfermos á su propia disciplina, á su vigilancia, á su victoria sobre sí mismos. Claro es que no se trata aquí de verdadera *curación*. No es más que una especie de concentración y de organización de los enfermos (una «iglesia»), un abismo entre los enfermos y los sanos; esto es todo! ¡Pero es enorme!...

En esta disertación se parte de una hipótesis que es inútil demostrar á mis lectores. Que el estado de pecado en el hombre no es un hecho, sino sólo la interpretación de un hecho; á saber: de un malestar fisiológico, considerado bajo el punto de vista moral y re-

ligioso. El *sentirse* uno «culpable» y «pecador», no prueba que en realidad lo esté, como el sentirse uno bueno no prueba que en realidad esté bueno. Recuérdense los famosos procesos de la brujería; en aquella época, los jueces más humanos creían que había culpabilidad; las brujas también lo creían; sin embargo, la culpabilidad no existía. Demos á esta hipótesis una forma más amplia: el «dolor psíquico» no es un hecho, sino solamente una explicación causal de los hechos, pero incierta é inasequible para la ciencia; es una palabra gruesa que ocupa el lugar de un pequeño punto interrogativo. La causa del dolor psíquico no suele ser el alma, sino el vientre (á ver si me explico). Un hombre fuerte digiere los actos de su vida (incluso los pecados) como digiere su desayuno. Y si alguno se le indigesta, es una indigestión tan fisiológica como la otra, y quizá consecuencia de la otra. Tales ideas, dicho sea entre nosotros, no nos impiden ser los adversarios más resueltos de todo materialismo.

17. Sin embargo, ¿es realmente *médico* el sacerdote ascético? Ya vimos cuán pocos derechos tiene al título de médico, por mucho que le agrade considerarse como salvador, y dejarse venerar como tal. No combate más que el dolor, el malestar, y no la causa de la enfermedad; ésta es nuestra mayor queja contra tal medicina. Si nos colocamos en el lugar y punto de vista del sacerdote, nunca nos admiraremos bastante de lo que él vió, buscó y halló. El alivio del dolor, el consuelo bajo todas sus formas, he aquí su campo de acción; ¡qué osadía y que presteza en la elección de medios! Y en particular, el cristianismo es un gran tesoro de ingeniosísimas fuentes de consuelo; lleva consigo bálsamos que reconfortan, templan y narco-



tizan; arriesga los remedios más peligrosos; adivina con olfato oriental, los estimulantes que pueden vencer la profunda depresión, la pesada fatiga, la negra tristeza del hombre enfermo. Y puede decirse que, en general, todas las religiones tienen por objeto principal combatir una epidemia de cansancio. Puede presumirse que de cuándo en cuándo debe haber en ciertos puntos del globo un sentimiento de *depresión* fisiológica en las masas, cuya causa se ignora, y cuyo remedio se busca en la psicología moral (esta es mi fórmula, para todo lo que se llama *religión*). Su origen es vario; puede provenir de un cruzamiento de razas ó clases heterogéneas (tal es el *spleen* europeo, el pesimismo de hoy); puede también provenir de una emigración á clima demasiado diverso (los indios); puede ser el efecto de la vejez y agotamiento de la raza (pesimismo parisién, desde 1850); ó quizá ser debido á un error dietético (el alcoholismo de la Edad Media; el absurdo de los vegetarianos, como Cristóbal en Shakespeare); ó á sangre viciada, malaria, sífilis, etc. (la depresión alemana, después de la guerra de los Treinta años). En todos estos casos tiéndese á organizar una gran batalla contra este sentimiento de malestar: veamos sus prácticas y formas más importantes. (Dejo á un lado los filósofos, porque es demasiado absurdo é indiferente, demasiado sutil y poco práctico, el querer demostrar que el dolor es una ilusión partiendo de la hipótesis de que desaparece en cuanto se reconoce como ilusión, pero ello es que continúa...) Los medios que se emplean contra el dolor son los que reducen la vida á su menor expresión posible, nada de voluntad, nada de deseo, nada de pasión, nada de «sangre»: no comer sal (higiene de los fakirs); no amar; no odiar; no turbarse; no vengarse; no enriquecerse; no traba-

jar; mendigar; nada de mujeres, ó lo menos posible; en lo intelectual el principio de Pascal *il faut s'abêtir*. Resultado en lenguaje moral: aniquilación del *yo*, santificación; y en lenguaje fisiológico: hipnotización, dormida de invierno, minimum de asimilación compatible con la vida. Para llegar á este fin, se gastó una suma inmensa de energía humana, ¿quizá en vano?... Es indudable que tales *sportsmen* de la «santidad» tan frecuentes en todos los pueblos y en todas las épocas, llegaron á librarse de aquello que combatían, y á vencer su profunda depresión fisiológica: así, pues, su método es un hecho etnológico, universal. Sin embargo, también es cierto que ya por sí es un síntoma de locura el tratar de rendir por hambre la carne y el deseo (como el caballero Cristóbal y ciertos «librepensadores» capaces de comerse un rosbif). Y también es cierto que este método allanó el camino á toda suerte de perturbaciones intelectuales, á las «luces interiores» (los hericastas del monte Athos), á las alucinaciones de formas y de sonoridad, á los transportes voluptuosos y éxtasis de la sensualidad (Santa Teresa). La explicación que de estos estados dieron sus víctimas fué siempre muy exaltada y falsa; pero la *voluntad* debe estar agradecida. El estado superior, la bienaventuranza misma, toda esta hipnotización y tranquilidad, he aquí á sus ojos el misterio por excelencia que ningún símbolo, por sublime que sea, puede expresar; es el retorno bendito á la esencia de las cosas, es la redención de todo error, es la «ciencia», la «verdad», el «ser»; la redención de todo fin, de todo deseo, de toda actividad; un estado más allá del bien y del mal. «Tanto el bien como el mal—dice el budhista—son trabas; el hombre perfecto domina lo uno y lo otro...» «La acción y la omisión—dicen los Vedas—no



causan al sabio ningún dolor; el sabio sacude lejos de sí el bien y el mal; nada turba su reino; ha ido más allá del bien y del mal.» Es, pues, una concepción enteramente india, brahmánica y búdica. El pensamiento indio, como el pensamiento cristiano, estiman que la redención suprema no tanto se debe á la moralidad de la virtud como á su valor hipnótico. Es un punto de realismo en estas dos religiones principales, tan llenas de horror moral. «Para el hombre que posee el conocimiento, no existe ya el deber...» «No se alcanza la salvación adquiriendo virtudes; porque la salvación consiste en identificarse con el brahma, el cual no es perfectible. Ni consiste tampoco en carecer de vicios, porque el brahma es eternamente puro»—pasajes del comentario del Sankara, citados por mi amigo Paul Deussen.—Honremos, pues, la «salvación» que nos presentan las tres grandes religiones, pero no adoptemos el *profundo sueño* que nos dejaron estos hombres fatigados, fatigados hasta para soñar, quiero decir, el profundo sueño de la fusión con el brahma, de la unión mística con Dios.

«Cuando está completamente dormido y en reposo, de tal suerte que hasta las quimeras del sueño fueran dispersadas, entonces ¡oh amigo!, está unido con el ser y vuelto á su fuente primitiva; recubierto por el yo cognoscente, no tiene ya conciencia de lo que hay en él ó fuera de él. Este puente no es franqueado ni por el día ni por la noche, ni por la vejez, ni por el dolor, ni por la obra buena ó mala...» «En el estado del sueño profundo, el alma se eleva fuera de este cuerpo, entra en la más alta región de la luz, y se presenta así en su verdadera forma; entonces es la encarnación del espíritu altísimo, del espíritu vagabundo y juguetón que se regocija con las mujeres,

con las carrozas y con los amigos; entonces el alma ya no piensa en las miserables ataduras del cuerpo, al cual está uncido el soplo vital como la bestia al carro.» Sin embargo, no perdamos de vista que abstraendo de la fastuosa exageración oriental, hallamos una doctrina semejante en Epicuro, en este espíritu claro y templado, como todo griego, pero enfermo: la insensibilidad hipócrita, la calma del profundo sueño, la *anestesia*, es para los enfermos el bien supremo, el valor por excelencia, lo más positivo. (Según la misma lógica del sentimiento, en todas las religiones positivas, la nada se llama Dios.)

18. Con mayor frecuencia, en lugar de este ahogo hipnótico de la sensibilidad, el cual supone fuerzas nada comunes, valeroso desprecio de la opinión y «estoicismo intelectual», empléase contra los estados anímicos de depresión otro método: la *actividad*. Que la actividad alivie sobremanera una existencia de dolor, no es dudoso: es lo que hoy se llama hipócritamente «la bendición del trabajo». Se verifica el alivio apartándose del dolor el interés del paciente y ocupando la actividad toda la conciencia: porque ¡cuán estrecha es la conciencia humana! La actividad maquina y todo lo que á ella se refiere, la regularidad absoluta, la obediencia puntual y pasiva, la costumbre adquirida, el empleo completo del tiempo, cierta disciplina de impersonalidad, de olvido de sí mismo, de «*incuria sui*»: ¡cuán radicalmente y con cuánta delicadeza el sacerdote ascético supo emplear todo esto en la lucha contra el dolor! Cuando se trataba de las clases inferiores, de obreros esclavos, de prisioneros (ó bien de mujeres que son á la vez obreras, esclavas y prisioneras), no se necesitaba más que cierta habi-



lidad en el cambio de nombres, un nuevo bautismo para que las cosas detestadas aparecieran como beneficios, como felicidad relativa: el descontento de los esclavos, respecto de su suerte, no fué inventado, ciertamente, por los sacerdotes.

Otro remedio que solía acompañar al anterior, era cierta dosis de alegría fácilmente accesible y regular: como los beneficios, las limosnas, los consuelos, la ayuda, la alabanza, la distinción y todos los actos que producen alegría. El sacerdote ascético, al prescribir el amor del prójimo, prescribe el más fuerte estimulante del instinto, aunque en una dosis mínima: *la voluntad del poder*. La felicidad de la «menor superioridad», implícita en estos actos, es el más poderoso medio de consuelo para los seres fisiológicamente defectuosos, si son bien aconsejados; en caso contrario, se dañan los unos á los otros, obedeciendo todos al mismo instinto fundamental. Remontándonos á los orígenes del cristianismo en el mundo romano, hallamos sociedades de socorros mutuos, asociaciones para socorrer á los pobres, para cuidar los enfermos y para enterrar á los muertos; asociaciones que se desarrollaron en las más bajas capas sociales, donde se cultivara este remedio contra la depresión de ánimo, esta pequeña alegría de la beneficencia mutua: ¿quizá entonces fué una cosa nueva? Por esta «voluntad de mutualidad», por esta formación de rebaños, de «comunidades», de «cenáculos», nació una voluntad de poder: la formación de rebaños es, en la lucha con la depresión, un importante progreso, una victoria. El crecimiento de la comunidad fructifica en el individuo un interés nuevo que le aparta de su pena personal, de su aversión á su propia persona («*despectio sui*» de Geulinx). Todos los enfermos aspiran instintivamente á organi-

zarse en rebaño; el sacerdote ascético adivina este instinto y le alienta; dondequiera que hay rebaños, el instinto de debilidad los forma, la habilidad del sacerdote los organiza. No nos engañemos: los fuertes aspiran á separarse y los débiles á unirse; si los primeros se reúnen, es para una acción agresiva común que repugna mucho á la conciencia de cada uno; por el contrario, los últimos se unen por el *placer* que hallan en unirse; porque esto satisface á su instinto, así como irrita al instinto de los fuertes. Toda oligarquía envuelve el deseo de la tiranía; tiembla continuamente á causa del esfuerzo que cada uno de los individuos tiene que hacer para dominar este deseo. (Por ejemplo, en Grecia: Platón lo atestigua, y Platón conocía bien á los griegos y á sí mismo...)

19. Los medios que, según hemos visto, pusieron en práctica los sacerdotes ascéticos; la comprensión de los sentimientos vitales; la actividad mecánica; la pequeña alegría, sobre todo la alegría del amor al prójimo; la organización en rebaño; el sentimiento de poder en la comunidad; el hastío individual, reemplazado por la satisfacción de ver próspera la comunidad,—estos son los medios inocentes empleados en la lucha contra el dolor. Estudiemos ahora los medios más interesantes, los medios «culpables». Se reducen todos á provocar una *exaltación del sentimiento*; la inventiva del sacerdote se mostró inagotable en el examen de esta cuestión única: «¿Cómo provocar una exaltación del sentimiento?» Esto es duro de entender, y sonaría mejor que yo dijera: «¿Supo en todos tiempos el sacerdote ascético utilizar el sentimiento de las grandes pasiones?» Mas ¿por qué adular los oídos tiernos y afeminados? ¿Por qué adoptar la hipocresía del lenguaje?



Para nosotros los psicólogos sería ya una hipocresía en los hechos, aparte del disgusto que esto nos causaría. El psicólogo de nuestros días demuestra su buen gusto rechazando el lenguaje vergonzosamente moralista que impregna todos los juicios modernos acerca de hombres y cosas. Porque no hay duda: la característica de las almas modernas y de los libros modernos, no es la mentira, sino la inocencia encarnada en el moralismo mentiroso. Poner al descubierto esta «inocencia» es quizá la parte menos grata de nuestro trabajo, la parte del psicólogo, un camino que nos lleva al gran hastío... Sin duda, los libros modernos, y todo lo que es moderno, no servirá á la posteridad sino como un vomitivo, á causa de su moralismo dulzarrón y falso, á causa de su carácter femenino, que se llama y se cree «idealismo». Nuestros civilizados de hoy día, nuestros «buenos», no mienten; pero esto nada les honra. La verdadera mentira, la mentira auténtica, resuelta, leal (Platón), es para ellos demasiado fuerte; exigiría de ellos que aprendieran á distinguir lo verdadero de lo falso. Sólo les conviene la mentira desleal; el que hoy se llama hombre bueno, es incapaz de discurrir sin mentiras acerca de una cosa. Estos «hombres buenos» son fundamentalmente morales, pero desleales, infames y perversos para toda la eternidad. Ninguno de ellos soportaría una verdadera biografía. Cito ejemplos: lord Byron dejó algunas notas íntimas acerca de su persona; pero Thomas Moore quemó los papeles de su amigo.

Lo mismo parece que hizo el Dr. Gwinner, testamento de Schopenhauer; porque también parece que éste dejó acerca de sí ó contra sí («εἰς αὐτόν») algunas notas. El excelente americano Thayer, biógrafo de Beethoven, se detuvo bruscamente en su trabajo.

La moraleja de todo esto es: que ningún hombre inteligente escribe acerca de sí una frase sincera, como no sean estos locos... Se nos promete una autobiografía de Ricardo Wagner: ¿quién pondrá en duda la habilidad del autor?... Recuérdese el espanto cómico que excitó en Alemania el sacerdote católico Janssen por su cándida pintura de la Reforma: ¿qué sería si alguien expusiera este movimiento en otra forma? ¿qué sería si un verdadero psicólogo nos mostrara un verdadero Lutero, no ya con la candidez de un cura de aldea, ni con la dulzura y miramientos de los historiadores protestantes, sino con la fuerza y rigor inflexible de un Taine?... (Los alemanes tienen ya un tipo de indulgencia histórica; su Leopoldo Ranque es el más sabio de todos los oportunistas.)

20. Ya se me habrá comprendido: nosotros, los psicólogos, tenemos que *desconfiar de nosotros mismos*. Somos demasiado «buenos» para nuestro oficio; somos también víctimas del gusto moralesco que hoy está de moda, y, por mucho que lo despreciemos, es probable que nos haya infectado. ¿Contra quién quería ponerme en guardia aquel que me decía: «Sobre todo, señores, desconfiemos de nuestros primeros movimientos, porque son casi siempre buenos...»? Este debía ser el lenguaje de todos los psicólogos. Y esto nos lleva á nuestro problema, que reclama, en efecto, cierta desconfianza respecto de los primeros movimientos: *El ideal ascético al servicio de una finalidad, la exaltación de los sentimientos*. El que tenga presente la anterior disertación, adivinará ya lo que queda por decir. Sacar al alma humana de sus quicios, sumergirla en el terror, en el hielo, en el ardor y en el éxtasis, hasta tal punto, que olvide, como por un golpe de varita



mágica, todas las pequeñas miserias de su enfermedad y de su hastío; ¿cómo llegar á este objeto?, ¿cuál es el camino más seguro?...

En el fondo, todas las grandes pasiones son buenas, si se les da buena dirección y carrera; la cólera, el temor, el placer, el odio, la esperanza, el triunfo, la desesperación ó la crueldad; el sacerdote ascético tomó á su servicio toda la jauría de perros salvajes que ladran en el hombre, y lanzó ya uno, ya otro, para despertar al hombre de su larga tristeza, para librarle de su sordo dolor, y siempre guiado por una «justificación religiosa». Todo desbordamiento de este género, se paga, como es natural—los enfermos resultan más enfermos:—por eso esta manera de remediar el dolor es para nosotros «culpable»; sin embargo, es menester confesar que este remedio fué aplicado con buena intención, que el sacerdote ascético creía en su eficacia y necesidad, y que muchas veces estuvo á riesgo de perecer él mismo ante el espectáculo del dolor que causaba; observemos también, que las terribles revanchas fisiológicas de tales excesos, y tal vez los trastornos intelectuales que de allí se siguen, no están en contradicción absoluta con el espíritu general de este género de medicina; porque según vimos, no se trataba de curar las enfermedades, sino de combatir el dolor y la depresión por medio de jarabes y narcóticos. Y esto se consiguió. La obra maestra del sacerdote ascético para producir en el alma humana esta música desgarradora y extática, fué la perfección del sentimiento de *culpabilidad*. El origen de este sentimiento ya está indicado en la precedente disertación: cuestión de psicología animal y nada más. Pero este sentimiento bruto de la falta, en manos del artista sacerdotal, comenzó á tomar forma. ¿Y qué forma?

El «pecado», porque tal es el nombre dado por el sacerdote á la «mala conciencia» animal (á la crueldad interiorizada); el pecado, es el acontecimiento capital en la historia del alma enferma, es la frase más nefasta de la interpretación religiosa.

El hombre enfermo, bestia en la jaula, turbado, indeciso, ignorante de razones y de causas, buscando estas causas para su consuelo, y buscando también remedios y narcóticos, concluyó por entenderse con alguien que supiese de estas cosas, y su adivino, el sacerdote ascético, le dió la primera indicación acerca de la «causa» de su mal; hizoselo buscar en sí mismo, en alguna *falta* cometida, en el tiempo pasado; hizole interpretar su dolor como un *castigo*... Ahora comprende el desgraciado; ahora está metido en un lazo; ya no sabe salir; de enfermo, hele aquí convertido en «pecador»... Desde entonces hubo una nueva enfermedad en el mundo: el «pecado». ¿Se curará algún día? Por dondequiera que se mire, se ve por todas partes la mirada hipnotizada del pecador, siempre fija en la misma dirección: en la falta; por todas partes la mala conciencia, «*dies, greueliche Thier*», para emplear la frase de Lutero; por todas partes el pasado presente, el hecho desnaturalizado, la acción vista con malos ojos; por todas partes el desconocimiento voluntario del dolor, el dolor transformado en falta, en miedo, en castigo; por todas partes la disciplina, la abstinencia, la contrición; por todas partes el pecador que se tortura á sí mismo en la rueda cruel de una conciencia inquieta y voluptuosamente enferma; por todas partes la pena muda, el miedo terrible, la agonia de un corazón martirizado, los espasmos de una felicidad desconocida, el grito desesperado de la «salvación». Y, verdaderamente, gracias á esta manera